



Tomado del sitio garciabacca (sitio web)

LOS CLASICOS GRIEGOS DE MIRANDA

autobiografía

INTRODUCCION

I Tema LIBERTAD Democracia, Patria, Pueblo, Tiranía

II Tema SENTENCIARIO

III Tema LEYES, MORAL Y COSTUMBRES

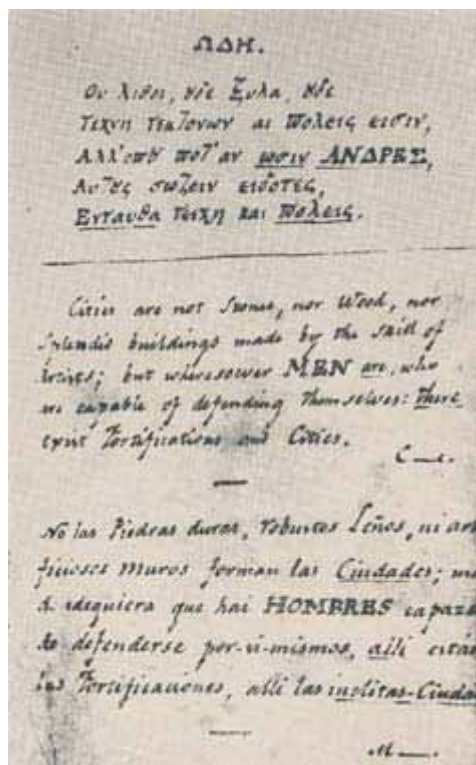
IV Tema GUERRA

V Tema ARTES

VI Tema PERSONALES

VII Apéndice CATÁLOGO

INTRODUCCION



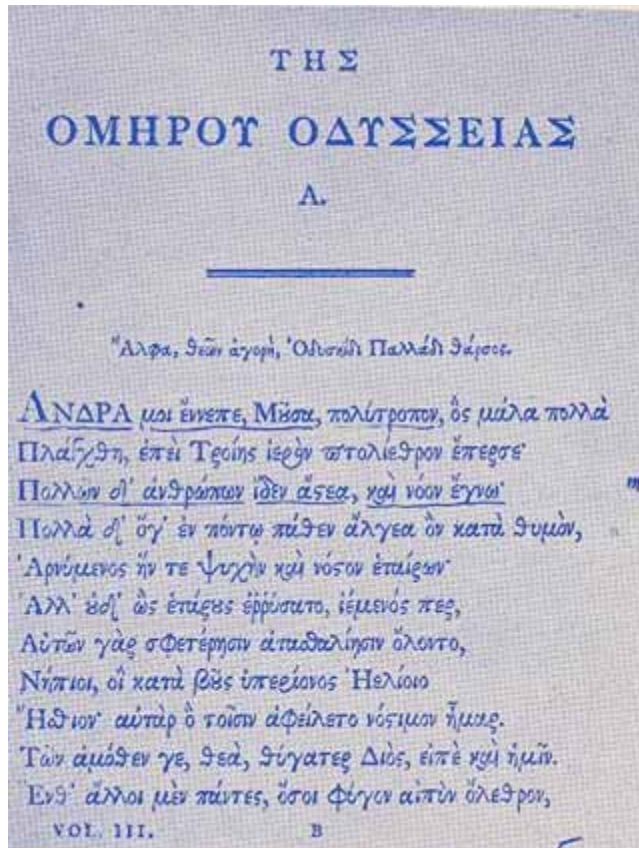
Los clásicos griegos de Miranda es el título oficial —solemne y en mayúsculas— de esta obra.

Por sólo lo que, a primera vista, parece tal título prometer no hubiera emprendido el autor de ella su publicación. La emprendió por el llamado subtítulo desconcertante, tal vez, y en minúsculas: "Autobiografía".

Sobraría, con evidencia rebosante o tautológica, añadir Autobiografía de Miranda por Miranda. Mas no sobraría esta ulterior precisión si el autor declara, para comenzar, y demuestra, para continuar, que la autobiografía de que aquí se trata es una autobiografía peculiarísima, tal vez única en más de un sentido: es una autobiografía a base de una autobibliografía.

Dime con quién andas y te diré quién eres: las compañías humanas pudieran servir, en manos de quien pretende dar a los demás hombres una biografía de sí, para definirse a sí mismo. Miranda nos dejó en su Diario detallado y circunstanciado recuento de con quién y quiénes anduvo, tan sincero y, a veces, tan brutalmente franco que, de toda evidencia, su Diario fue escrito para él, y no para nuestra malsana curiosidad o para satisfacer la a veces irreverente publicidad de editores de Obras completas o Archivos.

Te diré qué libros he comprado, y así te diré quién soy, fuera otro plan de autobiografía; esta vez por la compañía de libros seleccionados por ir a buscarlos o encontrarse unilateralmente con ellos, sin que ellos, cual ciertas compañías humanas, nos busquen o, encontrados, se nos apeguen. Nos definimos por los libros, por nuestra biblioteca; los libros, ella, no nos define, pues ellos o ella no nos buscó, eligió, se nos apegó y nos transformó. No sería ni la primera ni la última vez que la biblioteca de uno no sea suya —aunque lo sea por esa común razón de haberla pagado—: es suya, jurídicamente; no es suya personalmente.



De Miranda nos consta —veremos de qué singular y edificante manera— que no sólo hizo jurídicamente suyos sus libros, sino personalmente.

Miranda tuvo la costumbre —fea, estéticamente; mala, comercialmente— de subrayar, aun en las más preciosas ediciones, pasajes y sentencias en que, él mismo, se sintió definido: confirmado, a veces, en lo que ya era y sabía de sí, antes de la lectura; sorprendido, otras de que fuese el libro quien explícitamente le descubriera lo que era él, y no lo había sabido hasta entonces de expresa y empalabrada manera.

No sabemos —o no sé— cuándo y dónde compró Miranda la edición en griego de la Iliada y Odisea de Homero, publicada en Oxford.(1801), 2 volúmenes en 8", texto griego.

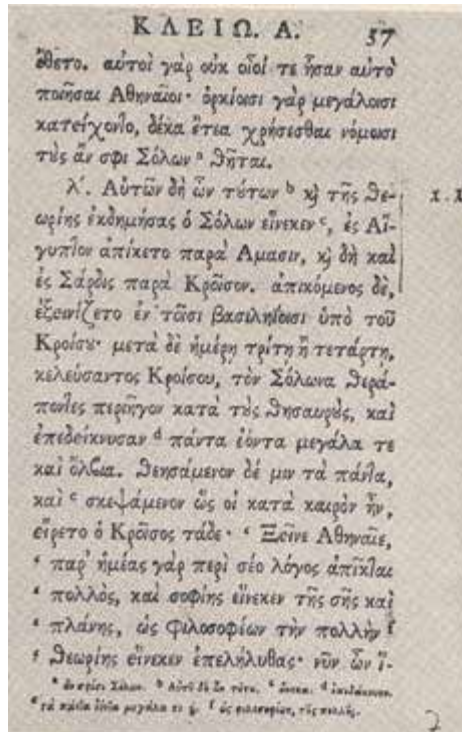
Pero es evidente, por saltar a la vista con sólo posarla en los tres primeros versos del texto griego de la Odisea, que algo vio Miranda en ellos para decidirse a subrayarlos y poner esa señalita (‘’) convencional, nunca explicada por él a otros, pues no la destinó oficialmente para nadie —fuera de él.

Había leído Miranda en la portada del volumen II de dicha edición una sentencia de Alcidas, según Aristóteles (Retórica, libr. III, B, h): que la Odisea es el mejor espejo para la vida humana:

Τὴν Ὀδύσσειαν καλὸν ἀνθρωπίνου βίου κάτοπτρον. Sin mayor preocupación o prevención debió Miranda comenzar a leer los tres primeros versos de la Odisea; mas, de repente, de sopetón, se vio a sí mismo, dejando de ver a aquel varón de quien, seguramente, la Musa habló a Homero, atendiendo amablemente la diosa a su ruego:

"Háblame, Musa, de aquel varón, rico en recursos, quien muy mucho peregrinó, después que cayó la sagrada ciudad de Troya; háblame de quien vio con sus propios ojos ciudades de muchos varones y conoció sus pensares".

Miranda se vio ser ese varón. Vio en él su propia explícita definición, su "ecuación escrita" —que dice Santayana. El, Francisco de Miranda (1750-1816), caraqueño,



era varón rico en recursos **(πσλύτροπος)**—desde trucos y artimañas, por recursos económicos, a ocurrencias imprevistas geniales—, "varón versátil"

(πσλύτροπος) y versado, en mil asuntos y materias —de humanas a

divinas—; "varón procedente" **(πσλύτροπος)** por experiencia de primera

mano, pues vio, con ver de ojos inteligentemente videntes **(ἴδεν)** ciudades de muchos hombres —en Venezuela, Estados Unidos, Gran Bretaña, Prusia, Austria, Italia, Grecia, Turquía, Rusia, Francia. . . España, y les caló la

mente **(νόον ἔγνω)**.

Muy mucho **(τῆς θεωρίας ἐκδημήσας)** peregrinó para ver. Y, por otra sorpresa regalo de impensado espejo, se vio a sí mismo como amigo de

teorías cual peregrino vidente **(τῆς θεωρίας ἐκδημήσας)**, al leer en Herodoto: "Solón, varón ateniense, navegó y peregrinó, durante diez años, en plan de ver..." ,"por causa... de ver partió Solón, de peregrino de su patria, y se dirigió a Egipto..."

Se vio con cara de Solón, o la cara de Solón se le transfiguró de repente en la suya; y tomó posesión de tal su imagen en tal cara-espejo, señalando, con doble signo(x, x)y una raya tal descubrimiento de sí mismo en un viejo y clásico griego —en dos viejos y clásicos griegos: Ulises y Solón.

Cuando el maestro don Francisco José Urbina iniciaba a Miranda, durante el curso de Artes de nuestra Universidad de Caracas, en los secretos de la lengua griega —gusto, amor y pasión secretos para los "llamados"—, ni el maestro ni el discípulo pudieron dar constancia con su vida de la verdad de aquello: La Odisea es el mejor espejo de la vida humana, viéndolo cumplido, respecto de ellos, ya en los primeros versos de la Odisea, que todos, en nuestros primeros pasos de aprendices en griego, hemos leído, traducido... y creído referirse a Ulises; —y tal creyeron Urbina y Miranda por aquel entonces. Sólo más tarde, lejos de su patria nativa, tal vez tras cuarenta años de viajes (1771-1811), sin asiento en parte

alguna, se descubrió Miranda con cara de Solón, al pasar —sin prevención alguna, fuera de la natural avidez de bibliófilo— los ojos por los primeros versos de la Odisea, y verse en ellos cual, pudo recordarlo, no se vio de estudiante universitario.

Le habló el texto de Herodoto de él, de Miranda a Miranda; y no de Solón — que así el espejo nos habla él de nosotros, no él de sí, con un ejemplo de abnegación fenomenológica que ya quisieran para sí los mejores y más pretenciosos fenomenólogos de nuestros días.

Los ojos de Miranda se habían paseado ya por el primer volumen de la edición oxfordiana (1811) de Samuel Clarke (1675-1729) y de J. August Ernest (1707-1781), y en él se deslizaron complacidos por la belleza tipográfica de los primeros versos de la *Iliada*, —rememorando, tal vez, el primer paseo por ellos de sus años de doctrino en griego. Mas no se vio Miranda retratado en ellos ¿Cómo se podía ver a sí mismo en

"Cántame, Diosa, la ira de Aquiles el Pelida;
ira terrible que tantos dolores, por miles de miles,
acarreó a los Aqueos; que tantas almas valerosas de
[héroes envió al infierno,
y de sus cuerpos hizo carnaza para perros y para toda
[ave carnícera del cielo" ?



El texto no mereció ni una serial ni una raya, tan reveladoras en parecido lugar y ocasión de la *Odisea*.

Los tres primeros versos de la *Odisea* poseen, pues, carácter autobiográfico, de estilo autobiográfico.

En la edición londinense de la *Iliada* sola (1790) se hallan señales del estudio gramatical que, a veces, hacía Miranda de ciertos textos o palabras. Dos veces la señal (‘‘), tan suya: una, al verso 34:

βῆ δ' ἄκῶν παρὰ θῖνα πολυφλοίσβοιο θαλάσσης βέλος, (canto I); otra, a la

palabra βέλος (subrayada). ¿Algo vio o en algo se vio Miranda?, —"se fue de mala gana (Crisias, el sacerdote de Apolo) a la orilla del rumoroso mar"; "Saetas", las disparadas por el enfurecido Apolo contra los griegos.

Otras veces resulta factible, sin mayor aventura, adivinar que algo de sí

mismo., de su vida, se sorprendió Miranda viendo en unas palabras de Homero, aun sin llegar a la explícita, e ilustrativa, confesión de los primeros versos de la Odissea.



Por ejemplo: al indicar con (‘’) y subrayar el nombre de Eumeo (72-221), "el divino porquerizo", a quien Penélope mandó traer la gran espada de Ulises y entregarla a los pretendientes. ¿Qué le recordó a Miranda esa orden de Penélope? ¿A qué porquerizo —de seguro no divino— tuvo que entregar Miranda su espada, real o simbólica, alguna vez, en algún lugar?

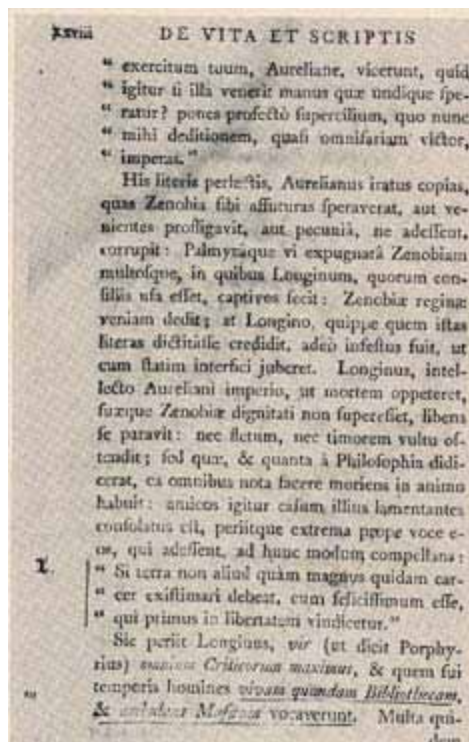
Parodiando, y retocando un poco, unos versos de autor desconocido, —de ellos se hablará pronto— podríamos preguntar con ellos:

"se la entregué; ¿por mandato de quién, cuándo, dónde?; sólo la diosa lo sabe", —sólo yo lo sé.

Los demás, sobre todo los que sepan suficiente historia, podemos conjeturarlo, y afirmar siempre, con fundamento en esos signos de confesión biobibliográfica de Miranda, que alguna vez se sintió forzado, como Eumeo, "el divino" —séalo por lo que fuere— a entregar su espada —sus poderes, su misión— a porquerizos.

Tal vez exageraríamos innecesariamente si afirmáramos que todos los demócratas están obsesionados por las ideas de democracia y libertad, Patria y Pueblo. Que libertad y democracia, Patria y Pueblo les son obsesión constitutiva, y, si no lo son, hay que dudar de la firmeza, hondura y sinceridad de sus convicciones democráticas. Pero no será exagerado afirmar que, en ciertos momentos de la historia, demócrata que no esté obseso y poseso por las ideas, conexas en haz, de libertad y democracia. Patria y Pueblo —resumidas en República—, tendrá que encomendar a la "astucia y trucos" de la Razón la realización de esas ideas, no muy seguro de que Razón acepte el encargo o que, de aceptarlo, lo cumpla en los plazos legales o debidos a la vida real de un pueblo.

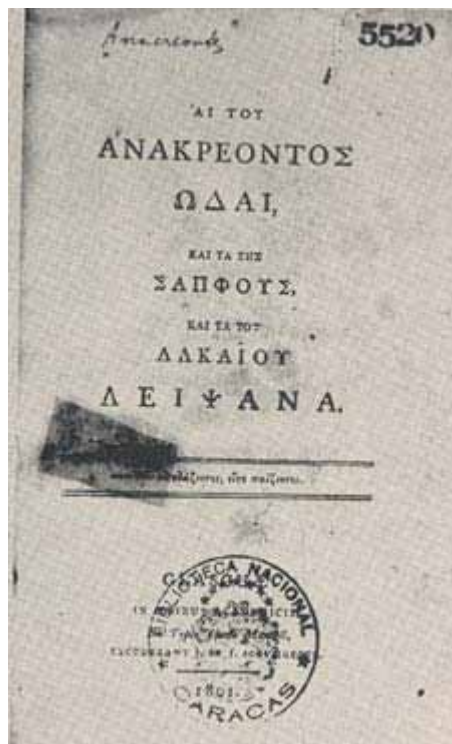
El demócrata obseso y poseso por democracia y libertad, Patria y Pueblo no encomienda nada de eso a la Razón, o a la historia; hace él Historia y Razón. Se encarga él de hacerlas.



Todos los que trataron a Miranda están unánimes en testimoniar su obsesión por la libertad, o, lo inverso, su obsesionado odio a Tiranías, —sagradas o no, como la Inquisición. Es necesario que un bibliófilo padezca de obsesión democrática —o esté un poco tocado por tales ideas— para que, dentro del contexto unitario, tejido de largos, varios y ricos textos de obras clásicas, sobre temas como Lo Sublime (Longino), Guerra de Troya (Homero), Guerra del Peloponeso (Tucídides), Historia romana, I (Apiano), Vida y milagros de filósofos ilustres (Diógenes Laercio), Deipnosofistas (Ateneo)... le resalten a ojos y azucen pluma precisamente los referentes a democracia, libertad, Patria, Pueblo, Tiranía. Y a la belleza —y valores más tangibles, contantes y sonantes, de ediciones lujosas y raras— que se la lleve el diablo. O mejor: decía Mallarmé, en bien conocida frase, que el mundo entero se ha hecho para que, al fin y en definitiva, surja un libro: El Libro. Mundo a gloria de El Libro: de la Palabra impresa.

Miranda leyó —después de haber pagado sus buenos dineros— la obra del neoplatónico Longino "Sobre lo sublime". (Que sea o no de Longino es triquiñuela histórica que aquí no interesa).

Pasee la vista el lector por las páginas fotocopiadas. Tal vez no sea descortés e injuriosa suposición la de que podrá disfrutar de la belleza tipográfica, y aun leer con delicia mental y vocal el texto griego, entre otros motivos por no estar ni poseso ni obseso por democracia y libertad, Patria y Pueblo. Ante un ejemplar limpio de manchas más o menos geométricas, no saltarán a los ojos de un sencillo "sano" —¿aburguesado?— demócrata tanto las palabras de libertad y democracia. Patria y Pueblo o las de esclavitud y tiranía, que azucen irresistiblemente su pluma a subrayar —manchar— lo que Miranda subrayó y señaló: Si no hay que considerar a la tierra sino cual grande cárcel, habrá que tener por felicísimo a quien, primero que los otros, recobre la libertad (p. 18). Así habló Longino, condenado a muerte por decisión tiránica del Emperador Aureliano, en castigo de haber defendido el filósofo Longino a un Pueblo libre.



Y por si fuera poco, en esa página inicial —que tal vez llamen "falsa" por vacía de las verdades que en las siguientes aparecerán—, Miranda escribe: "Memorable sentencia del Autor, contra la Tiranía, a punto de morir".

No muchos párrafos y palabras de *Iliada* y *Odisea* hay subrayados o señalados —con "x,xx"— por Miranda. Pero no pudo aguantarse las ganas —o el prurito de sus dedos— de asentir con Homero, cuando llama a Agamenón Rey, devorador de Pueblos; y, por si fuera poco, subraya en la nota latina *Populi vorator Rex*, —otra aprobación para el traductor.

Con el color de este cristal interpretativo llegará el lector a entender, leyendo aquí el Capítulo antológico (I, págs. 45 a 57), por qué Miranda subrayó, sin consideraciones, ni estéticas ni económicas, tales o cuales palabras y párrafos en Homero, Tucídides, Apiano, Longino. Y si el lector, no lo haría en el caso de él, de Miranda, sírvale tal saber de medida de "lo que va de ayer a hoy", del estado de las ideas de democracia, libertad, Patria y Pueblo, vividas y sidas por Miranda y por él, —por nosotros.

Quien tenga razón, sólo la Diosa lo sabe.

Que Miranda se confesó —y se vio— obseso y poseso por las ideas de democracia, libertad, Patria y Pueblo, no sólo la Diosa lo sabe; lo sabemos nosotros por original testimonio escrito de Miranda, —por su biografía bibliográfica.

Cerremos este tema —en el sentido de tema obsesión— con un testimonio tan fehaciente e imprevisto cual no pudiera deseárselo más historiador, —sabueso de confesiones ajenas.

En la colección de clásicos griegos figura un volumencito (en 12°): *Anacreontis carmina cum Sapphonis et Alcaeï fragmentis Glasgae in aedibus academicis*, 1801.

Al final de la obra, Miranda apegó una página entera, transcribiendo en ella una "Oda" de Alceo, no incluida en el volumen. Miranda copia el texto griego, una traducción inglesa de autor desconocido "C — c" y una traducción suya al castellano. Está aquí a disposición de ojo, mente e interpretación del lector (página 8).



La cita proviene de la obra de Aelio Arístides **ὑπὲρ τῶν τεττάγων** —
 En defensa de los cuatro grandes Atenienses, 207 (II, 273, edic. Dindorf)— y
 resulta ser paráfrasis de un fragmento desconocido de Alceo; Véase Poetarum
 lesbiorum Fragmenta, Lobel — Page, Z. 103, pág. 23, Oxford, 1955:

τὸν λόγον ὃν πάλαι μὲν Ἀλκαῖος ὁ ποιητὴς εἶπεν... ὡς
 ἄρα οὐ λίθοι οὐδὲ ξύλα οὐδὲ τέχνη τεκτόνων αἱ πόλεις εἶεν ἀλλ' ὅπου
 πότε' ἂν ὦσιν ἄνδρες αὐτοὺς σφάζειν εἰδότες ἐνταῦθα καὶ τείχη καὶ πόλεις.

¿Dónde lo leería Miranda?

En la lista de libros suyos subastados en Londres consta la Patrología
 Graeca; ¿de ella, 154 vol. 1234, lo transcribiría Miranda?

Sea de ello lo que fuere, todo ello resulta confesión que, por boca y letra de
 clásicos griegos, hace Miranda de la obsesiva temática "Hombres — ciudadanos
 — república — libertad — pueblo".

Había visto Miranda caer ciudades de artificiosos muros, hechos de piedras
 más duras y de más robustos leños que las que pudo ver Alceo, —y tal vez
 había colaborado ya Miranda, al tiempo de transcribir esa reliquia de Alceo, en
 derribar algunas y, de seguro, en defender otras desde dentro—; y sabía de
 buen saber, del de por sí mismo, que pueden caer artificiosos muros de la mejor
 piedra y no por eso perderse causas, cual la de la libertad y democracia; bastará
 con que se den "hombres capaces de defenderse por sí mismos". Ellos y El eran
 las ínclitas ciudades. Lo afirmaba y firmaba Miranda:

M—.

Miranda lo dijo en castellano por la boca griega de Alceo, y no rebajaríamos
 en demasía la varonía de Alceo poeta si dijéramos que en eso de Hombre capaz

de defenderse por sí mismo y defender ciudad **(πόλις)** y régimen

ciudadano **(πολιτεία)** con hombres de Pueblo, supo más y más en real
 Miranda que Alceo.



Pero seguramente, por bien venido dio Miranda el poder decirlo con palabras griegas de un Alceo.

Miranda se vio —cual en espejo original y desconcertante— o se sintió aconsejado, señalado con dedo sutil e inequívoco, por otros textos de diversos autores, Herodoto, Longino, Epicteto, Diógenes Laercio, autores de Antología griega, Tucídides, Polieno, Polibio. . ., —textos o bien explícita y declaradamente "sentencias" (Tema II) o bien implicados, casi indisolublemente, en contextos históricos, tales que no se prestaban a inofensiva separación. (Tema III).

Y entresacó —puso a resaltar, como siempre, con 'X, XX—, un sentenciaro para él, sobre puntos tan disímiles y remotos unos de otros, —todos ellos consejos, advertencias, normas, leyes, costumbres—, como relaciones con los dioses, riqueza y moderación, vida y muerte, intención moral y obras, justicia, iniciación en misterios, pobreza material, sinceridad, amor a la gloria, voluntad de trabajo.

No vamos a privar al lector de esa peculiar delicia que es el estreno, dándole a gustar en un sorbito lo que ha de ser bebido íntegro y de un trago.

Tan sólo le haremos notar en un caso ejemplar la finura de las reacciones de Miranda, en qué se sintió personalmente aludido —o aprobado, aconsejado. Los Fragmentos de Epicteto (341-270 a. C.) incluyen muchas, notables y edificantes advertencias y normas de conducta, —según la "concepción estoica de mundo y vida", decimos ahora. Miranda destacó tres:

"Lo que no se debe hacer, no lo hagas ni en pensamiento".

"Piénsatelo bien, antes de decir o hacer algo, para que no tengas que retractarte de lo dicho o de lo hecho".

"Cualquier lugar es seguro para el que vive según justicia".

Si leyendo tales sentencias no nos sentimos personalmente aludidos y sabemos que nos guardaríamos muy bien, si cayera en nuestras manos, de "manchar" un ejemplar de esa edición: "Epicteti quae supersunt dissertationes ab Arriano collectae, Recensuit Johannes Uptonus, Londini, impensis Thomae Woodward, 1741", —en griego y latín, aquí transcrito el latín para mayor comodidad—, tal diferencia, al parecer de gusto estético y de valoración económica,

podiera servirnos de índice —uno más— de la distancia que se interpone, cada día acrecentada, entre Miranda y nosotros.

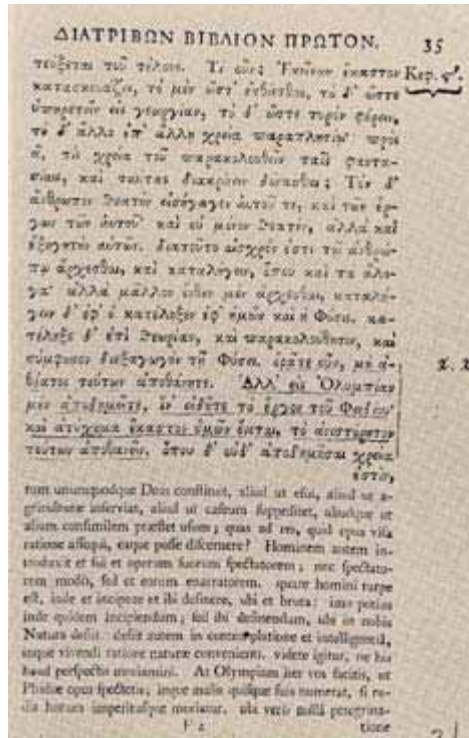
De los capítulos: (III) Artes, (IV) Miscelánea, (V) Personales, entresaquemos, para comentarlos —con explicación verosímil o con no inverosímiles sospechas— algunos detalles, aperitivo para la lectura completa en los capítulos correspondientes.

Peregrino, como Solón, —por otros motivos y con mayor afición y reconociéndose en él, al leer el texto citado (III, 1.1) —, Miranda salió de su patria, y tras algunas vueltas, indispensables entonces, llegó a Grecia. Tal vez tenía ya en el almarío de su ser el real, aunque inexpresado temor de "infeliz, si antes de morir no ves las obras de Fidias en Olimpia". Cuando, adquirida ya y poseída por sus ojos no la vista misma de las obras de Fidias en Olimpia o en Atenas, —sino la de los pocos y mal tenidos restos del arte griego, allá en el año 1784—, leyó las palabras de Epicteto: "Procurad no moriros sin haber visto todo esto. Id, pues, a Olimpia para que veáis las obras de Fidias, y téngase uno por infeliz si se muere no habiéndolas visto con sus propios ojos", no pudo menos de aprobarlas de esa manera tan suya que es subrayarlas y hacerlo constar con letra expresa suya en la página primera de la obra:

"Creíanse los griegos muy infelices, si antes de morirse no veían las obras de Fidias en Olimpia". No se sabe, —o al menos, yo no sé— cuándo adquirió Miranda esta edición de Epicteto. He aventurado la conjetura que debió ser después, bastante después de su viaje a Grecia, —a juzgar por lo que describe o no puede describir en su Diario (Archivos del General Miranda, ed. 1929-1938; vol. II, páginas 111-136).

Más de un levemente dolido eco de su desencanto resuena en aquella frase suya, escrita de puño y letra en la inicial página falsa de la edición de las obras de Juliano Emperador: "obras estupendas de Fidias en Olimpia y en Atenas existentes aún en tiempos de Juliano".

De ese dolor, sutil y casi transparente, por la ausencia de una nunca habida presencia en persona, nos ha conservado

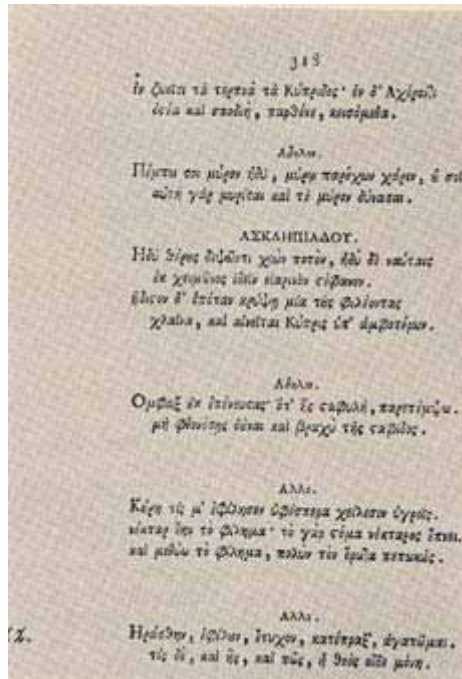




Miranda testimonio escrito en su Diario: "Lady Webster que es acaso la más hermosa y amable persona de su sexo que yo he encontrado hasta ahora, hablamos mucho de la Grecia y de sus inmortales ruïnados monumentos que le inspiraban tal entusiasmo en su noble alma que me decía iría conmigo a ver todas aquellas cosas con todo su corazón" (Archivos, vol. IV, pág. 302). En 1803 la ausencia real del arte griego se trocó para Miranda en presencia emocionante, al contemplar los mármoles del Partenón traídos o raptados por Lord Elgin en Atenas.

La ausencia de las cosas que, una vez, fueran presentes en persona, o en tomo y lomo, y la de otras que nunca hicieron acto de presencia personal, sino tan sólo imaginativa, puede ser rellenada con su presencia verbal: la de las palabras que inspiraron. Miranda adquirió —tampoco sabemos cuándo y dónde, o, al menos, yo no lo sé por mucho que he querido averiguarle— un ejemplar, perfectamente conservado aún, de una bellísima edición de la Anthologia graeca, Raccolta di vari epigrammi divisa in sette libri Napoli, Stamperia reale, 1788-1796, en 6 volúmenes. Por algunos de ellos deslizó los ojos sin detenerse; y, por ello, sin detener mano y pluma con las señales de uso privado; mas en los volúmenes I, IV, V abundan, y delatan, qué "flores" de epigramas vio Miranda porque se sintió mirado insistente y personalmente por ellos. Se vio en ellos. Volumen IV: págs. 34, 36, 76, 98, 100, 198, 200; vol. V, 316, 318. Pinturas, estatuas: de Apeles, Fidias, Praxíteles, Mirón; todo ello presente en "epigramas", ingeniosos todos, maliciosos los más, atribuidos en mayor o menor fundamento a diversos personajes, algunos tan venerables y serios como Platón, — epigramas que nadie dijera ser suyos, cual el que, sin traducción, por respetos debidos, ofrece al lector la fotocopia de la página 316 (página 70). Venus, sus estatuas, se llevan buena mano de graciosamente maliciosos epigramas.

Uno, entre ellos, destacado con xx (p. 30) por Miranda, es el resumen de su vida amorosa, tan fiel y, a la vez tan sobrio en palabras y moral que, al tropezar con él, Miranda se vio definido, cual él mismo, de no haber sido conocedor del griego "y" ávido bibliófilo, jamás pudiera retratarse en sólo dos líneas de tanta verdad cuanta sencillez.



"Fui querido, besé, tuve suerte, consumé: soy amado.
Pero ¿quién?, y ¿de quién?, y ¿cómo?
Sólo la Diosa lo sabe".

Si "sólo la Diosa lo sabe", nada de particularmente extraño tiene que varón tan ilustre como C. Parra Pérez (Miranda et la Révolution Francaise, 1925, pág. 300), escribiera:

"Miranda, malgré son tempérament, me semble n'avoir été capable de subir l'emprise des femmes que jusqu' á un certain point; je veux dire que, bien qu'il ait eu des amies, il n'a peut-être aimé passionément aucune d'entre elles; mais on n'en sait positivement rien".

Por boca de autor desconocido (αδελον), Miranda hubiera podido responder en griego a C. P. P.

La brutal franqueza del lenguaje que a más de un beato o pudoroso desconcierta y aun subleva en el Diario, tal vez no pase de apariencia verbal; la realidad de verdad, el real de verdad Miranda amoroso, es el definido por

"Fui querido...; soy amado.
...Sólo la Diosa lo sabe".

Aceptemos que sea ella, toda una Diosa, la sola que lo sepa.

El párrafo de la carta de Juliano al Emperador Constancio: "estúpido e inepto espectador de las obras de Fidias quien pretendiera disputar ante Fidias mismo acerca de su Minerva, la que está en la Acrópolis o la de su Júpiter,—la del Piseo", puesto en resalte por Miranda, pudiera sernos discreto consejo que él, sin pretenderlo, nos da, o daría así a todo crítico de arte que se atreviera a disputar ante un artista de los grandes acerca de sus obras, copresentes todos tres: obra, artista y crítico.

Miranda no sólo paseó sus ojos —de General de Ejércitos, de Demócrata obseso por libertad, de insaciable enamorado, de avorazado curioso y de bibliófilo entendido—por las páginas de los libros de clásicos griegos que compraba, o le regalaban amigos, conocedores de su querencia.

Paseó sus ojos a veces línea por línea de ciertas obras;



a veces, palabra por palabra, con ojos de gramático y aun con ojos de corrector de pruebas.

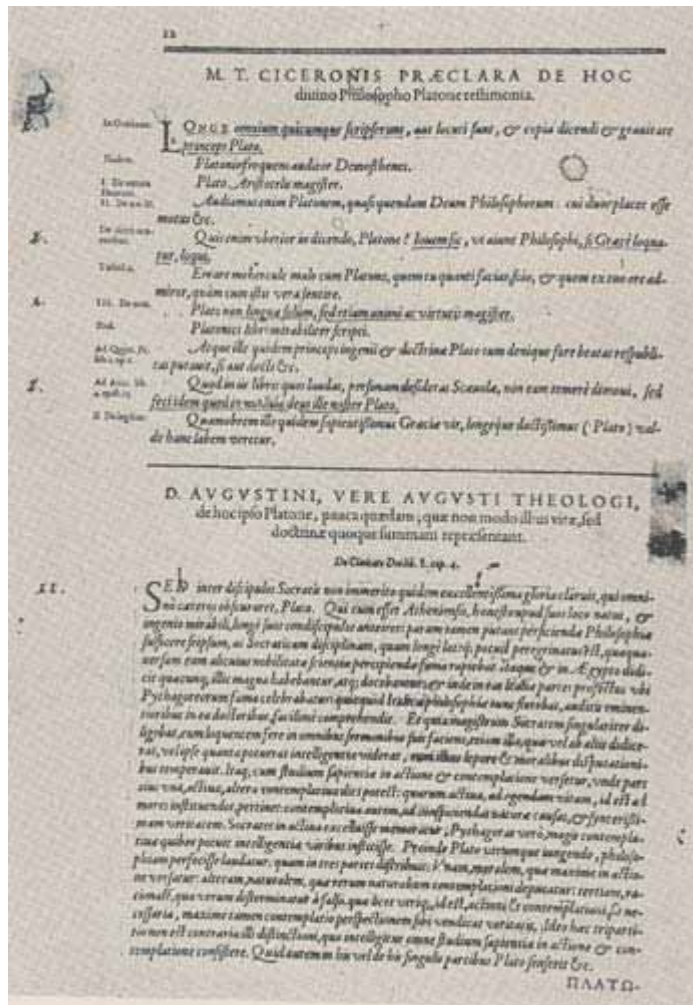
En la edición de Anacreonte. . . Carmina. . . (Glasgow, 1801) hace notar que se ha traspuesto una línea en las páginas 103-104; en la edición de Memorabilium (Jenofonte, Oxford, 1780, libro IV, pág. 20) corrige al traductor latino quien traduce la exclamación griega clásica: "Por Júpiter", con la latina ¡"at perfecto"!

De cuando en cuando revierte Miranda al trabajo escolar de "traducir", — raíces de palabras, formas gramaticales raras, en evolución histórica. . . (Ilíada, edic. Londres, 1790; vol. I, págs. 3, 7, 9, 10, 12, 22, 196; III, pág. 131, **véase fotocopia, página 84**).

Sería contraproducente exageración afirmar que Miranda leyó con parecido detenimiento todas las obras de clásicos griegos que compró. Las señales gráficas de su paso son muchas más de las indicadas en esta obra, pero no llegan a amojonar ni todas las obras ni todas las páginas de ellas. Por algunas, tal vez ni pasaran materialmente sus ojos. Por otras, desearíamos algunos — filósofos, por ejemplo— que hubiera dejado Miranda más huellas gráficas de su paso. Las dejó leves, mas significativas en Platón; pero ninguna en Aristóteles, —en la magnífica edición parisiense de 1629 que adquirió y legó a nuestra Universidad.

Leer el diálogo Critias de Platón, y no subrayar el pasaje referente a la Atlántida pareciera descortesía imperdonable en un nativo de América. Miranda cumple con tal deber (pág. 1.100, vol. II de Divi Platonis Opera omnia, Marsilio Fici interprete, Francofurti, 1602, 2 vol. en folio, griego y latín).

Pero Miranda dio mayor importancia a otros puntos. La edición citada, aparte de méritos fácilmente visibles, ofrecía por vez primera la versión latina del gran humanista italiano Marsilio Ficino (1433-1499), y en su página 12 (vol. I) una selección de textos de Cicerón, verídicos testimonios del aprecio del orador romano por el filósofo, casi casi próximo antepasado, tan próximo y tan pariente que pudo llamarlo Cicerón Deus ille noster Plato, sin que ni una de esas palabras, —ni la de dios, ni la de nuestro— desentonara, como lo hiciera en nuestros días, ni resultara



metáfora o figura retórica, de dudoso gusto y evidente falsedad.

Miranda se siente al unísono con Cicerón; y subraya, de los 11 textos ciceronianos, cuatro:

"De todos los escritores, es Platón, con mucho príncipe".

"¿Quién más exuberante en palabra que Platón?

"Júpiter; que así —dicen los filósofos— hablara Júpiter si hablara en griego".

"Platón no sólo por la palabra fue maestro; lo fue además por ánimo y virtud".

"Si en los libros que alabas echas de menos a Escévola no lo pasé por alto

temerariamente; hice lo mismo que en su **πολιτεία** hizo aquel dios nuestro Platón".

Sigue en dicha página el testimonio de San Agustín sobre Platón (De civitate Dei, 8, cap. 41. Miranda lo leyó, y puso su señal máxima (xx), cual indicio de su paso, e índice de su concordancia. No podía Agustín dar a Cicerón el apelativo de Deus ni el de noster; le dio los superlativos, compatibles con la condición humana y no cristiana, de Platón: "excellētissima gloria claruit...", "ingenio mirabili".

La afición al griego no sólo le venía a Miranda de sus tiempos de estudiante universitario caraqueño. Le persiguió bajo la capa de bibliófilo durante sus largos años de peregrinación.

En Madrid (1780) compra Lexicón graecum, Grammaire grecque; Escrively, Lexic. grec.; Gram. curse grecque; Vosii, Institutiones linguae graecae (1650); Suidae, Lexicón graecum et latinum; Suidae, Lexicón graecum, Aldus (1514); Scapulae, Lexicón graecum, Elzevir (1652).

(Véase Los libros de Miranda, Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1967).

En el catálogo de las dos subastas (1828; 1833) de Londres (o. c.) constan las obras: Morsíey, On greek and Latin Prosody (1798); Huntingsford, Greek exercises, 1793; Fabricii Bibliotheca graeca, 1h vol. Hamb. 1708; Hederici Lexicón graecum, 1790; Hesychii Lexicón graecum, 1746; Apolonii Lexicón homericum, 1773;



Waikers Key to classical pronundation, 1798; Wellerii grammatica graeca, 1791; Suidae, Lexicón graecum, Aldus, 1514; Schrevelii Lexicón, 1779; Selecta graecorum exempla, 1781.

Ya por aquellos tiempos los libreros habían advertido la costumbre de Miranda de subrayar o señalar en la obra misma pasajes para él notables, o expresar en página inicial su juicio sobre la obra o su predilección por ciertas sentencias.

Miranda compró varias obras en ediciones famosas; y en algunas de ellas pudo admirar la letra autógrafa de expositores y anotadores como Paulus Manutius y Petrus de la Marche. Lo hace notar Evans en su catálogo para la subasta, como un mérito y un aliciente para los compradores entendidos. Y según ese mismo criterio advierte Evans que Miranda escribió de su puño y letra el juicio "muy buen libro", en Tratado De Re militan, hecho a manera de diálogo entre los ilustrísimos señores Fernández de Córdoba y Duque de Nájera, Bruss. 1590; y que en la obra Pintura, Don Felipe de Guevara, Comentarios a la Pintura, se puede leer "a note o.f Gen. Miranda highly commending this Work". (Madrid, 1788). Y en la edición de Las Casas, Decouverte des Indes orientales hay "a few Ms. notes by General Miranda".

Dada esa costumbre de Miranda, bien y copiosamente ejercitada y confirmada tanto en las obras de clásicos griegos, —de que da testimonio visual esta obra—, como en varias obras de las subastadas en Londres, podemos sacar la consecuencia, —no muy consoladora para lectores de profesión filosófica inevitable, y de vocación filosófica incurable— que las obras de Filosofía, incluidas en las listas de las subastas: Aristóteles, Logique (Port Royal), Wolff, Newton, Hume, Locke, Helvetius, Diderot, Condillac, Descartes, Bacon, Galileo, Boyie, Brucker, Paley, Smith, Reid... no debían tener ni textos subrayados ni señales de parada mental de Miranda.

Nos queda a los inevitablemente ya profesores de Filosofía y a los incurablemente filósofos de vocación el con suelo de que, sin preocuparse de nosotros, dejó Miranda escrito en su Diario (1788): "Ningún Pueblo sin Filosofía y gran instrucción puede preservar su libertad". (Archivos, vol. IV, pág. 11).

PLACIVS VILL. 7

Quibus Plato Le-
ges dedit.

**CONTINENTIA, GRAVITAS,
COMITAS PLATONIS.**

**DISCIPULI PLATONIS
VL. AC. XVII.**

**LIBRI QUOS SCRIPSIT
PLATO AC. A. POSTERIS
IN QUARTUORDECIM
CULICIS.**

PRIMA QUATERVIAL.

SECUNDA.

TERTIA.

QUARTA.

QUINTA.

SEXTA.

SEPTIMA.

OCTAVA.

No haríamos violencia alguna a estas palabras de Miranda si las tomásemos, todos: hombres públicos y privados, cual consejo, y, en particular, profesores y estudiantes,—universitarios o no—, como precepto. Y si esas categorías, resabiadas de moral, nos suenan a poco o a demasiado, tomemos cual ejemplo, no dado de intento por Miranda, la lectura de clásicos, griegos o latinos, tal como él la practicó, seguros de poder confesar como él:

"Me he quedado en casa leyendo con gusto y provecho. Oh, libros de mi vida, qué recursos inagotables para alivio de la vida humana" (Archivos, III, 278).

Terminaremos así por ver a Miranda como él mismo se vio en el espejo de Longino, el filósofo neoplatónico: biblioteca viviente de clásicos griegos, y dejará de parecer piadosa exageración patriótica y americanista el juicio de Uslar Pietri sobre Miranda: "el hombre más culto y más universal de la América Latina de su tiempo", "el criollo más culto de su tiempo" (Los libros de Miranda, páginas XII, XV).



ADVERTENCIAS FINALES

1) No todos los subrayados en los volúmenes de la colección "Clásicos griegos" de Miranda provienen de su mano. Los que de ella salieron son fáciles de reconocer, sin lugar a duda razonable, por varios criterios internos y externos, que fuera extemporánea pedantería exhibir en una obra como ésta.

Otros subrayados y signos seguramente no lo son, —también por criterios de normal técnica—; por ejemplo, en el volumen de las obras de Aristóteles (Aristóteles opera omnia. . . graece et latine — París, 1629, 2 vol.) que trata De Anima, de partibus animalium. . . hay largos subrayados a lápiz, —¿de alguien interesado en historia de la anatomía? No parecen ser de Miranda los subrayados en el volumen de "Claudii Aeliani, Opera, Tigurí, 1556; ni los frecuentes en "Dionis Chrisostomi, Orationes. . . , Lutetiae 160h), pues, entre otras razones, son siempre subrayados del latín, mientras que Miranda subraya casi siempre el griego, y rarísima vez palabras latinas sueltas. Recuérdese *Iliada* I, v. 231, pág. 24.

2) El volumen I de "Strabonis Rerum geographycarum (libri XVII, Lipsiae, 1796) se abre con letra de Miranda; mas son datos sobre España que se le hicieron curiosos a Miranda, págs. 367, 368, 371, 378, 379, 457; de ellos no hemos podido sacar ni rasgo ni indicio de la personalidad humanística de Miranda, fuera de su omnívora curiosidad.

3) Han servido al autor de gran ayuda el folleto Los clásicos griegos de Francisco Miranda, por Terzo Tariffi, edición de la Biblioteca Nacional, Caracas, 1950; la obra

Los libros de Miranda, Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1967, con los estudios de los doctores Arturo Uslar Pietri y P. Grases; los Archivos del General Miranda (edic. 1929-1933, 1938, Caracas). Para determinar, con la seguridad que permiten las investigaciones modernas, a quién pertenece la "Oda" griega, traducida al inglés por autor desconocido y al castellano por Miranda, reproducida la página aquí, ha sido decisiva la cooperación del doctor M. Markovich, de la Universidad de Mérida.



Deja aquí el autor expresa constancia de la cooperación de los colegas doctor P. N. Tablante Garrido, de la Universidad de Mérida, gran mirandino, y del doctor Germán Carrera Damas, director de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela. A todos ellos el más cordial agradecimiento del autor.

J. D. G. B.

Caracas, a 15 de septiembre de 1967.